

EL PENSAMIENTO DE LA AMISTAD

Aïcha Liviana Messina¹
Universidad Diego Portales

Biografía

Cada vez que me pregunto cómo introducir el pensamiento de Blanchot pienso en esta frase maravillosa que se encuentra en varias de sus obras publicadas por la editorial Gallimard: “Maurice Blanchot, novelista y crítico. Su vida está dedicada enteramente a la literatura y al silencio que le es propio”. Blanchot es un escritor y su vida no es independiente de lo que la escritura descubre. En estas líneas biográficas, breves y tajantes, lo que se entiende por “biografía” no es la descripción de una vida a través de palabras; son, más bien, las palabras –y el silencio que contienen– las que se ofrecen como el horizonte de una vida. En estas breves líneas biográficas, “biografía” significa el modo en que la escritura puede definir o des-confinar una vida. Porque a lo que se dedica Blanchot no es propiamente filosofía ni literatura, sino el “silencio que le es propio”. ¿Qué es este silencio y por qué este podría ocupar una vida entera?

Silencio

Blanchot nace en 1907. Antes de ser novelista, y en años de una particular agitación política –los años treinta–, que serán determinantes para el pensamiento político de la posguerra y hasta hoy, se dedica al periodismo. Por cierto, entre su producción literaria y su producción periodística, comprometida y virulenta, hay un largo silencio. Sin embargo, y sin disminuir la importancia de cada silencio que enfrenta un escritor, lo que caracteriza al silencio que Blanchot encuentra en su cualidad de escritor no es algo que pueda ser ordenado entre un periodo y otro, no es algo que termina y cuyo fin anuncia una nueva fase en su vida y en su producción literaria. El silencio que Blanchot descubre –y que podría constituir una de las razones por las que Blanchot se encuentra por un largo tiempo en silencio– es inherente al lenguaje y modifica, por ende, su relación con este. Mientras la escritura periodística es una escritura del día a día, que confía en el lenguaje como instrumento para describir hechos, la escritura de la novela

¹ Aïcha Liviana Messina es profesora titular de filosofía en Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales. Es autora del libro sobre el modelo en arte *Poser me va bien* (P.O.L., 2005), *Amour/Argent. Le livre blanc des manuscrits de 1844* (Le portique, 2011) y *L'anarchie de la paix. La philosophie politique d'Emmanuel Lévinas* (CNRS, por aparecer). Investigadora responsable de los proyectos Fondecyt regular número 1140113, sobre ley y responsabilidad en Blanchot, y número 1170580, titulado “Crítica, saber y poder en Maurice Blanchot”.

está volcada más hacia el lenguaje mismo que hacia los hechos que este tiene la facultad de describir. Ahora bien, por cierto, la novela yuxtapone palabras, pero estas no se dirigen a alguien en particular. Del mismo modo, lo que relatan no debe necesariamente encontrar su correlato en el mundo. En el lenguaje literario siempre está en juego una cierta *epoché* que da cuenta de una relación otra con el lenguaje. En esta *epoché*, en esta suspensión del destinatario y del correlato, podría residir un silencio crucial para pensar el vínculo entre escritura y vida.

Soledad

Antes de indagar sobre lo que podemos entender por “el silencio que es propio a la literatura”, intentemos ulteriormente caracterizar a Blanchot. Además de ser periodista –en los años treinta– y novelista –a partir de los cuarenta–, a Blanchot puede considerársele un crítico literario. Lo cierto es que escribe acerca de literatura: sobre obras literarias y sobre la literatura en general. ¿Esto lo convierte en un crítico literario? Lejos de estar confinadas al ámbito de la crítica literaria, sus reflexiones sobre la literatura hacen apuestas filosóficas que toman muchas veces la forma –implícita o explícita– de una discusión con Hegel o Heidegger o Nietzsche, entre otros. Por otro lado, progresivamente, Blanchot se desprende del formato que podemos atribuir a la crítica para escribir en forma dialogada o fragmentaria. Si pensamos en Platón, podemos pensar que el diálogo es un género filosófico. A su vez, la forma fragmentaria expresa un momento en el que tanto la literatura como la filosofía –con el romanticismo o con Nietzsche, por ejemplo– reflexionan sobre sí mismas y ponen en juego un cierto límite del discurso. Las diversas formas de la escritura de Blanchot lo llevan, entonces, a transitar entre filosofía y literatura. Es más, el Blanchot crítico o novelista puede designar un momento crucial para la filosofía, mientras el Blanchot del diálogo o de los fragmentos se extiende más allá de ella. Más que pertenecer a una variedad de géneros, Blanchot está literalmente *entre* la filosofía y la literatura, la reflexión sobre la literatura siendo crucial para pensar los nuevos desafíos de la filosofía y la filosofía siendo, entonces, indisociable de una cierta experiencia del lenguaje literario.

Asimismo, *entre* filosofía y literatura, la obra de Blanchot no puede ser confinada a un género determinado. Su pensamiento no pertenece a un ámbito definido. Transita por varios géneros, pero nunca termina de ubicarse en uno.

Hay, entonces, una cierta soledad en Blanchot.

Amistad

Conocemos de Blanchot una especie de apartamiento. Del mismo modo que su obra no pertenece a un género determinado, Blanchot, en cuanto persona, no ha ejercido una

profesión dentro de un ámbito determinado. Sabemos que se rehusaba a tomar la palabra públicamente o, en general, a ser públicamente puesto en escena. Sin duda, la soledad de Blanchot –que, además de su dimensión empírica, ha llegado a ser un concepto clave en su obra– tiene que ver con un cierto apartamiento.

Sin embargo, la amistad es parte crucial de la manera de pensar y de escribir de Blanchot. El libro *L'amitié –La amistad–*, que reúne textos sobre distintos autores y temas, termina con un pequeño texto titulado, asimismo, “L'amitié”. Este texto, escrito justo después de la muerte de Bataille, amigo de Blanchot, llama amistad a una cierta imposibilidad de hacer entrar la muerte dentro de una economía. Casi cruelmente, el texto afirma que, cuando alguien cercano muere, no podemos estar ni cerca *ni a distancia* de aquel que ha desaparecido. Lo que desaparece con la muerte no es, en efecto, solo la proximidad, sino la lejanía que hacía del amigo un otro, un desconocido, es la lejanía que hacía de la amistad una aventura. Con esto Blanchot distingue la amistad de los clanes o de los lazos familiares. Mientras en la amistad se afirma la distancia, el clan describe un círculo cerrado y la familia aspira a lo familiar, lo conocido. La amistad nombra, entonces, la exigencia de no ceder a la tentación de la apropiación, aunque sea después de la muerte, cuando uno cree poder decir quién era el difunto y volverlo, así, familiar.

El texto “L'amitié”, que da título al libro, da cuenta del modo en el que Blanchot se relaciona con otros autores u obras. Muchas veces, fiel a su “perfil” de crítico literario, parece escribir *sobre* un libro. Sin embargo, lo que busca en un libro no es una teoría que luego podrá discutir, no es el contenido presente –la tesis, el posicionamiento del autor–, que finalmente se vuelve apropiable y familiar, sino lo que el libro deja escapar, lo que es irreductible a una tesis y que, no obstante, constituye la voz, la peculiaridad de un texto. Asimismo, escribir en Blanchot es una manera de practicar la amistad, es afirmar lo lejano respondiéndole. No escribe *sobre* algo conocido; responde a lo desconocido. Escribir, en su trabajo, es relacionarse con el silencio del amigo, con esto que lo mantiene a distancia, con esto que lo hace irreduciblemente otro, para evocar los términos de ese otro gran amigo de Blanchot, Lévinas. Como podemos leer en la nota final de *L'entretien infini*² escribir es, a la vez, desdejar –*dédire*–, sustraerse al orden de lo dicho, de la presencia, de lo que nos hace conmensurables los unos a los otros, y dedicar –*dédier*–, es decir, volcarse a, afirmar el silencio como lo que hace de la amistad una aventura, una relación con lo desconocido.

Por estas razones, si bien es cierto que Blanchot se ha mantenido apartado, fuera del espacio público, este apartamiento no es un confinamiento. Por el contrario, apartarse es relacionarse con un cierto silencio que hace la amistad. En Blanchot, escribir es apartarse, pero apartarse es afirmar lo lejano, lo desconocido. Es responder a la exigencia de la “amistad para con el desconocido sin amigos” (Blanchot 1994, 164).

² “Dedico (y desdigo) estas páginas inciertas a los libros donde ya se produce prometiéndose la ausencia de libro y que fueron escritos por –, pero que la falta de nombre aquí sólo los designe en la amistad” (Blanchot 2008, 557).

Pensamiento

Desde que la filosofía se inaugura –en su forma dialógica– con Platón, la amistad no es un mero tema entre otros. Es, más bien, su aspiración, su razón de ser y su modalidad propia. El *Fedón* ilustra muy bien esta imbricación entre lenguaje y ética, entre formas de discursos y modos de ser. Para Platón, hablar de una determinada manera es pensar de una determinada manera y, por ende, ser de una determinada manera. El discurso dialéctico nos relaciona con lo esencial, nos permite pensar en lo que es de manera esencial, purificándonos de la contingencia. Por esto la palabra, cuando es “bien utilizada” –en un sentido platónico–, nos permite cambiar nuestras formas de ser los unos con los otros. En Platón, la palabra dialéctica reúne en cuanto nos *emparenta* a lo esencial. Nos vuelve a *familiarizar* con nuestra esencia. Nos vuelve idénticos –a nosotros mismos y, entonces, unos a otros–.

En Blanchot, la amistad tiene que ver con lo que se sustrae a esta cualificación esencial, a lo cognoscible. Si la amistad es la afirmación de un silencio, no lo es en el sentido de que el amigo pueda retener algo para sí, un secreto guardado de manera silenciosa. Al contrario, y paradójicamente, lo que hace de la amistad una relación con el silencio es el lenguaje que hablamos. Para Blanchot, el lenguaje tiene una doble valencia. Por un lado, dice de cada cosa una idea general. Transforma la contingencia en idea. Hace posible, por lo tanto, la experiencia, pues nos vincula a un mundo estabilizado y un tiempo posible. Sin embargo, el lenguaje, que se ha apartado de las cosas tangibles, es también la huella de este silenciamiento de las cosas. Aunque ninguna cosa precede al lenguaje –en la medida en que son las palabras las que llegan a conformar un mundo posible y, por ende, un mundo de cosas–, este, en su dimensión inaugural, tiene también un aspecto de pérdida, de destrucción. La generalidad y atemporalidad de la idea pierde la singularidad de la cosa, así como su carácter transitorio. En el lenguaje está, entonces, a la vez una idea y un silencio, un sentido y un abismo, un dicho y una desdicha. Porque la literatura nos relaciona al lenguaje como tal, lo hace también a este silencio que lo habita y lo vuelve extraño.

Pensada desde esta ambivalencia, la amistad ya no puede corresponder a una manera de unificarse a través del lenguaje. Gracias al lenguaje nos podemos conocer y hacer la experiencia de lo que nos extraña. Hablar puede ser un acto de poder que busca conformar clanes o un acto de escucha hacia algo desconocido, inédito. Si la amistad es la relación con un silencio es porque el lenguaje nos relaciona con cierta insuficiencia, con cierta imposibilidad, incluso, del sentido. Hablar de algo puede ser serio o fútil, pero lo que es realmente “entretenido” –para acercarnos a lo planteado en *L'entretien infini*, donde “entretien” no corresponde a diálogo o a conversación, sino a entretenimiento– es que lo que buscamos decir es inagotable. *L'entretien infini* es, así, la repetición del diálogo platónico a partir de este desdoblamiento que ocurre con el lenguaje, a partir de la desdicha de lo dicho. Por un lado, el lenguaje permite, efectivamente, la reunión en torno a un sentido único, la comunicación –y, por ende, el mundo–; por otro, el lenguaje, en cuanto procede de una desdicha –el silenciamiento de

la cosa—, puede ser el lugar de la equivocación, del rumor, de algo que se repite sin tomar la forma de una tesis y que no tiene autoría. En el rumor, algo *se dice*, algo vuelve. No sabemos lo que se dice realmente, porque nadie lo ha dicho con propiedad. El rumor viene siempre de afuera. Asimismo, a diferencia de la forma filosófica que conforma el diálogo, en Blanchot “l’entretien” nos desvía de un camino propio —el diálogo como método— que permitiría decir algo apropiado —la esencia— y actuar de manera conforme a esta. *L’entretien* desvía de un centro y, en este desvío, nos relaciona al rumor del lenguaje. Mientras en Platón se trata de pensar la esencia a través de la diánoia, de un uso dialógico del lenguaje, en Blanchot el pensamiento se da como desvío. Pero el silencio no es, entonces, una mera privación del lenguaje. El silencio *del* lenguaje, lo que desvía de un centro y de una verdad última, *es un pensamiento* que está entre nosotros, que nos entre-tiene, sin fin. El silencio del lenguaje, esto que nos relaciona a lo desconocido, así es el pensamiento de la amistad. Si *L’entretien infini* procede del rumor del lenguaje y no del pensamiento de *un* sujeto, es que el pensamiento está entre nosotros. Está posibilitado no solo por el lenguaje, sino por su silencio. Está *entre* nosotros —*entre-tien*— como si su sujeto fuera la amistad, lo desconocido de la amistad.

En la repetición del diálogo por *l’entretien*, lo que tiene lugar es la ocurrencia de dos pensamientos y dos prácticas distintas de la amistad. Aquí la literatura, en la que se revela cierto silencio del lenguaje, atraviesa la filosofía, la molesta, pero la obliga a redefinirse, conceptual y prácticamente. El silencio del lenguaje, que Blanchot descubre con el lenguaje literario, no se rehúsa simplemente al lenguaje filosófico. Al contrario, redefine su forma y su exigencia, descubriendo que el pensamiento no es una propiedad del sujeto que puede disponer del lenguaje, sino que es el afuera del lenguaje que invita a otras relaciones.

Literatura y filosofía

Una de las cosas más graciosas —por su liviandad— que ocurre cuando empezamos a leer a Blanchot es que al buscar sus libros en la biblioteca no sabemos si debemos ir al piso de filosofía o al de literatura. Un bibliotecario tiene que ordenar los libros y tendrá, entonces, que decidirse; pero no lo podrá hacer sin dudar, complicarse y tomar una decisión violenta. Esta indecisión es, sin embargo, un acontecimiento. Si la obra de Blanchot está *entre* la literatura y la filosofía es porque su reflexión sobre el lenguaje le ha permitido poner radicalmente a prueba a la filosofía y vincularse a sus nuevos desafíos. La relación entre literatura y filosofía se ha modificado y esta modificación ha revolucionado la filosofía en su tarea, ejercicio y definición. Filosofía y literatura no se confunden, pero sí permiten pensarse mutuamente. El silencio que Blanchot descubre en el lenguaje es, a la vez, un abismo y una exigencia. Frente a este silencio, el discurso como unidad coherente se interrumpe, mientras esa interrupción llama a una exigencia de dialogar sin fin. Más precisamente, la interrupción del sentido a la que se enfrenta la

escritura, lejos de decretar un fin, se da como una imposibilidad de callarse y como una exigencia infinita. Si se puede decir que la vida de Blanchot ha sido dedicada a la literatura y al silencio que le es propio es que este silencio no es algo confinado, sino precisamente aquello que no permite seguir pensando y viviendo en mundos confinados en sí mismos³.

Bibliografía

- Blanchot, Maurice. 2008. *La conversación infinita*. Traducido por Isidro Herrera. Madrid: Arena Libros.
- . 1994. *El paso (no) más allá*. Traducido por Cristina de Peretti. Barcelona: Paidós.

³ El conjunto de los textos que componen este *dossier* han sido presentados en distintos coloquios sobre el pensamiento de Maurice Blanchot que tuvieron lugar en la Universidad Diego Portales. Estas actividades fueron parte de un proyecto FONDECYT, número 1140113.